

Al encumbrar una empinada cuesta, á la vista de Chignahuapam, algunos hombres que salieron de esta población nos vinieron á tirotear.

Después pasamos cerca de otro pueblecito que hallamos fortificado y con la gente en los parapetos.

En seguida bajamos pié á tierra una larga cuesta de cantos rodados, donde dejamos el calzado.

Ya de noche, llegamos á Yxtacamaxtitlán, donde no se nos permitió la entrada sino después de llenar las formalidades de ordenanza. El pueblo estaba fortificado, y la gente en pié de guerra, mandada por el Cura, que era liberal.

Salimos el inmediato día muy de mañana, y durante una parte del camino, fuimos insultados desde los cerros por algunos grupos de religioneros que aparecían de vez en cuando.

Llegamos á Coyoaco, donde notamos en las gentes cierta frialdad que nos fué sospechosa.

Yo había observado que por distintos rumbos habían salido algunos hombres á caballo, al paso, como si fuesen á sus labores. Esto me pareció tanto más malicioso, cuanto que el General Negrete se hallaba con su brigada en Tepeyahualco, á unas tres leguas de distancia, y no sería difícil que recibiera algún aviso y mandase un destacamento para aprehendernos.

Esto era tanto más grave, cuanto que en aquella época no había cuartel para los prisioneros.

Referí mis temores á los compañeros, los cuales convinieron en que eran fundados, y por lo mismo los manifestamos al General Traconis, haciéndole ver lo conveniente que sería no pasar la noche en aquel pueblo.

Traconis contestó que no corríamos ningún peligro, y que á él no le gustaba caminar de noche, sino de día y con sol. Mas habiéndole manifestado la resolución en que estábamos de emprender la marcha en la noche, convino al fin, y todo se dispuso de manera que no se sospechara en el pueblo nuestra resolución.

Llegada la noche, mandamos alquilar colchones que

tendimos en la sala del alojamiento, y en seguida nos pusimos á comer en la fonda, con toda tranquilidad.

Durante la comida, se presentó un Oficial, titulándose Comandante Militar, á ponerse á las órdenes del General Traconis, é informarse á qué horas saldría al día siguiente, para tener el gusto de despedirse y recibir las órdenes que quisiera darle.

Traconis contestó que saldría á las siete, pues gustaba que ya hubiese salido el sol al ponerse en camino.

Terminada la comida, dimos las buenas noches á la gente de la casa, y nos retiramos á la sala para acostarnos.

Mientras tanto, con el mayor silencio, se ensillaban los caballos, y cuando estuvieron listos, salimos con sigilo, montamos, y abriendo la puerta del mesón, atravesamos el pueblo y tomamos el camino de Teziutlán.

En frente del mesón había varios hombres sentados sobre el poyo de la puerta de una casa, lo que nos hizo sospechar que éramos vigilados.

El Oficial que mandaba nuestra escolta había conseguido que un hombre, en quien él tenía confianza, nos sirviese de guía.

Pronto nos vimos en un extenso llano cubierto de yerba que les daba á los caballos hasta los encuentros, y después de dar mil rodeos, venimos á conocer que el guía nos había extraviado.

La luna, que estaba en su primer cuarto, difundía una débil luz que hacía indecisos los objetos, y descendía rápidamente hacia Occidente.

Las circunstancias no podían ser peores. Al ocultarse la luna nos sería imposible salir de aquel dédalo, donde giraríamos hasta el amanecer, hora en que llegarían los de Tepeyahualco y nos harían prisioneros.

Con tan pavorosos pensamientos, íbamos todos cabizbajos, y el General Traconis renegando como buen marino, y maldiciendo la hora en que condescendió en caminar de noche.

En esto, el guía acertó con la entrada del bosque que buscaba, y nos internamos en él, al tiempo mismo en



que ocultándose la luna, nos dejó en una completa obscuridad.

Caminaba el guía por delante, y lo seguía uno á uno toda la caravana. Así bajábamos y subíamos, siguiendo las mil vueltas de aquel camino de herradura, que parecía interminable, sin poder darnos cuenta de los objetos que nos rodeaban. Era como un sueño fantástico, en que parecíamos impelidos por una fuerza desconocida, que nos obligaba á caminar sobre un terreno lleno de sinuosidades en medio de las más densas tinieblas.

Parecía que ni el tiempo pasaba ni nosotros adelantábamos una sola pulgada. El sueño que cerraba nuestros párpados, y el cansancio que invadía nuestros miembros, eran nuevos tormentos que hacían más angustiada nuestra situación.

Después de una marcha cuya duración no era fácil apreciar, descubrimos unas luces en medio del bosque.

¿Era esto de bueno ó de mal agüero?

¿Quién podía resolverlo?

Luces en un bosque en las altas horas de la noche, en tiempo de guerra civil, y en una comarca frecuentada por los beligerantes. ¿Qué otra cosa podía ser sino un vivac? Y quedaba por resolver lo más interesante: ¿De qué partido serían los que allí vivaqueaban?

A consecuencia de estas dudas la caravana hizo alto, y después de deliberar sobre la situación, se resolvió que uno de sus individuos, el de apariencias más pacífica, se adelantase á indagar lo que aquellas luces contenían. Si pasado un tiempo prudente el comisionado no volvía, quería decir que había peligro y que la caravana viese el modo de ponerse en salvo.

Así se efectuó, y á poco rato el enviado regresó, diciendo que no había peligro en continuar la marcha.

Las luces que nos alarmaron eran de unos arrieros que hateaban en una venta llamada Toluquilla.

La caravana avanzó, y llegando al hato, cambió algunas palabras con los arrieros, tomando informes sobre movimiento de tropas. Como los informes fuesen tranquilizadores, algunos pretendían que nos quedásemos en

Toluquilla hasta el amanecer, en atención á lo muy cansados que nos hallábamos; pero la mayoría fué de distinta opinión, y la marcha se continuó.

Cerca del amanecer llegamos á las inmediaciones de Teziutlan, alumbrados por el magnífico Lucifer, que nunca había brillado con mayor esplendor.

Hicimos alto en una altura, junto á una iglesia, y fué enviado Reynoso á la población, como explorador.

Volvió á la media hora, diciendo que había hablado con el Jefe Político, y que éste le dijo que él no tenía ni un solo soldado, y por lo mismo no había en Teziutlan ninguna seguridad; que el enemigo, situado en Perote y en el cerro del León, hacía frecuentes excursiones á la Población: que él tenía exploradores que le avisaban cuando esto se verificaba, y en el acto montaba á caballo y se ponía en salvo.

Con semejantes advertencias, entramos á Teziutlan, y fuimos á ver al Jefe Político, que nos recibió con agrado y nos dió de desayunar.

Luego nos instalamos en un mesón, y nos acostamos á dormir, no sin haber encargado que avisaran con tiempo, si el enemigo hacía algún movimiento.

En la tarde supimos que al día siguiente debería llegar el Coronel D. Ignacio Romero Vargas, con ciento y pico de hombres de los de Carbajal, que iba á la Olla con objeto de recibir cierta cantidad de municiones y algún dinero.

El General Traconis, en vista de esto, dispuso que al día siguiente regresara á Zacatlán la escolta que había facilitado D. Juan N. Méndez, pues nosotros pasaríamos con la fuerza de Romero Vargas el trayecto peligroso que faltaba para llegar á las Vigas, lugar ocupado por fuerzas liberales.

En la misma tarde supimos que cien indios de Zaca-poaxtla habían llegado á Toluquilla aquella madrugada, lo que indicaba que recibieron aviso de nuestra marcha, y que nosotros obramos con cordura en no habernos detenido allí.



Al día siguiente llegó Romero Vargas, y al inmediato salimos para las Vigas, pasando casi á la vista del cerro del León que ocupaban los reaccionarios.

Por fin, entramos al camino real de Veracruz, dejando al enemigo á retaguardia, y á poco tiempo apareció una fuerza sobre una altura, cerrándonos el paso.

Como aquella fuerza era liberal, cuando nos hubo reconocido nos dejó libre el tránsito, y pudimos continuar nuestra marcha con toda tranquilidad hasta la Olla.

Pernoctamos allí sosegadamente, y al otro día pudimos continuar nuestro camino para Jalapa, ya sin llevar escolta.

De Jalapa hicimos jornada á la Rinconada, y de allí á Loma de Piedra, desde donde por el ferrocarril llegamos á Veracruz.

El General Traconis creía que el Gobierno nos recibiría con entusiasmo; pero no fué así, sino por el contrario, nos recibió más bien con frialdad.

Don Benito Juárez y D. Melchor Ocampo, principalmente éste último, eran encarnizados enemigos de los militares, aun cuando fueran de su partido; y si bien aceptaban sus servicios, no por eso les guardaban las debidas consideraciones.

Esta política, ó por mejor decir, las pasiones de aquellos hombres, fueron la causa de la mayor duración y encarnizamiento de la guerra y de los desastres consiguientes.

Pocos días después de nuestra llegada, que fué el 20 de Enero de 1859, se supo que Miramón había llegado á México, y que en el momento comenzó á organizar una expedición sobre Veracruz.

La plaza se hallaba apercebida. Se habían construido obras exteriores que cubrían las débiles murallas de ladrillo. La artillería, que era numerosa y bien temida, estaba colocada convenientemente, y asistía un buen acopio de municiones.

La guarnición, compuesta de tropas de línea y de guardias nacionales, tenía buena instrucción y excelente moral.

La fortaleza de Ulúa se hallaba en buen estado, y se contaba, además, con una flotilla compuesta del vapor Demócrata, de catorce cañones, y de ocho ó diez lanchas cañoneras, armadas con cañones bomberos de á 68.

Con semejentes elementos de defensa, difícil había de ser que Miramón pudiera expugnar la plaza; pero se temía alguna traición, pues de otro modo no se podía comprender cómo Miramón se atrevía á acometer semejante empresa con los elementos que contaba.

El estado de defensa en que se hallaba Veracruz, era debido á la buena disposición del Gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora, y al saber y actividad de los Jefes del ejército que había allí, especialmente de los de Ingenieros y de artillería, entre los cuales se hallaban D. Francisco Paz y D. Francisco Zérega, pertenecientes á esta arma, y que trabajaron con el mayor ahinco. La plaza la mandaba el General de Brigada D. Ramón Iglesias.

Cuando se supo que Miramón había salido de México, se comenzaron á hacer los últimos trabajos para la defensa, y á despejar los aproches de la plaza hasta más allá de tiro de cañón. En consecuencia, se tuvieron que demoler los barrios de extramuros.

Yo fuí comisionado para derribar la estación del ferrocarril, operación que ejecuté con pena, pues siendo entusiasta por las mejoras materiales, me tocaba en esta vez destruir.

Entre tanto, Miramón había pasado el Chiquihuite, había derrotado á nuestra fuerza que estaba en la Soledad, y se hallaba próximo á Veracruz.

En consecuencia, se cubrió el perímetro con fuerza suficiente, y yo fuí nombrado Comandante de artillería de la segunda línea, que comprendía desde la espalda de los cuarteles, hasta el baluarte de San Javier, con las obras exteriores de la Novia y los Gemelos.

Al amanecer el 18 de Marzo, apareció sobre los médanos y cercana á la plaza, frente á la segunda línea, una fuerza enemiga que avanzaba rápidamente.



Mandé disparar un cañonero desde los Gemelos, para dar la alarma, y en el acto comenzaron á disparar de todos los baluartes de la línea.

Salí de los Gemelos para hacer cesar el fuego, pues la fuerza que se presentaba no merecía tanto honor.

El enemigo retrocedió, ocultándose detrás de una loma, y sólo quedaron cuatro ó cinco hombres á conveniente distancia uno de otro, sin duda observando con los anteojos la fortificación.

Luego se dijo que los que allí estaban eran Miramón, Robles, Isidro Díaz y algunos otros jefes.

Efectuado el reconocimiento, Miramón se retiró por el Médano del Perro, seguido de su gente, que por las dificultades que ofrecía el terreno, marchaba desfilando por hileras.

El Gral. Iglesias, que se hallaba en el baluarte de San Juan, y de quien había ido yo á tomar órdenes, me mandó disparar un cañonazo, por si podía alcanzar á los reaccionarios.

Apunté un cañón, elevando la puntería á toda mi satisfacción; pero mientras bajé de la explanada á tomar permiso para disparar, un sargento, Alvizu, con pretexto de rectificar la puntería, dió algunas vueltas al tornillo para bajarla.

Cuando yo lo advertí, ya no había tiempo para remediar el mal, pues el enemigo continuaba alejándose. Mandé, pues, hacer fuego, y la bala subió rebotando por el médano hasta la cola de la tropa de Miramón; de manera que sin la maldad de Alvizu, la bala hubiera caído entre la tropa enemiga, pues se vió claramente que la prolongación del plano de tiro la dividía perfectamente. Así lo comprendieron cuantos presenciaron el hecho.

¿Qué móvil impulsó á Alvizu á cometer semejante falta? ¿Fué instigado por alguno? ¿Era una traición, ó una estupidez? Sépalo Dios. El resultado fué que Alvizu no recibió ningún castigo.

Al día siguiente, en medio de un furioso Norte, entró en el puerto el Gral. D. Juan José de la Garza, con parte del contingente de Tamaulipas, en un pequeño vapor

de río que encalló en los Hornos, teniendo que arrojar-se la gente al mar, y tomar la playa con el agua á la cintura.

El resto de la fuerza que navegaba en una goleta, no arribó al puerto sino algunos días después.

El enemigo, que tenía su cuartel general en Medellín, no emprendía nada formal sobre la plaza. Solamente por la noche éramos molestados con falsas alarmas.

Una expedición al mando de Casanova, que Miramón había mandado á ocupar Alvarado, había tenido que retroceder, batida en la playa por algunas lanchas cañoneras.

Por fin, el día 29, convencido Miramón de la imposibilidad en que se hallaba de tomar á Veracruz, y de que en la plaza se efectuase algún movimiento á su favor, resolvió retirarse, como lo efectuó.

Así terminó la primera expedición á Veracruz, del joven Macabeo, como entonces lo llamaban.

Por aquellos días había corrido el rumor de que los buques de guerra europeos, surtos en Sacrificios, se proponían visitar al vapor americano Tennessee que estaba para llegar de los Estados Unidos, con el pretexto de que conducía artilleros enganchados para la guarnición de Veracruz.

El Capitán Turner de la corveta Americana Saratoga, que ocupaba la salida del canal de Sacrificios, mandó tocar zafarrancho de combate cuando se avistó el Tennessee, y previno á los buques europeos que se hallaba resuelto á que lo echaran á pique, antes que consentir que fuese visitado el vapor; con lo que los buques permanecieron en quietud.

Una noche que me hallaba de visita en casa del Gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora, se trató de una indisposición que tuvo el Presidente. El General Iglesias dijo que se hallaba muy contento del restablecimiento del Señor Juárez, pues si desgraciadamente muriera, la revolución sucumbiría.

Yo cometí la imprudencia de contestarle que en mi concepto, la revolución se hallaba arraigada en el espíritu



de la Nación, y que aunque muriese el Sr. Juárez, la revolución continuaría hasta consumarse.

No sé si estas palabras llegarían á oídos del Sr. Juárez, y serían causa de la mala voluntad que tuvo para mí, hasta su muerte.

Pero tampoco permanecí en Veracruz.

Un señor Ministro deseaba mi salida, por motivos que no tenían que ver ni con la política ni con el servicio militar.

Hizo de modo que el Gral. Garza me pidiera al Gobierno, para que me encargase de la Artillería del puerto de Tampico.

Una tarde recibí un oficio directamente del Ministerio de la Guerra, en que se me ordenaba que al día siguiente me embarcase en la goleta Eulalia, que conducía armamento y municiones á Tampico, debiendo pasar aquella noche á recibir instrucciones al Ministerio. Se me prevenía que ya se había sacado mi paga de marcha, y se me adjuntaba el pasaporte.

Sorprendido por orden tan intempestiva, y que no venía por los conductos de ordenanza, me pareció conveniente ir á dar parte al Comandante militar, de lo ocurrido.

El Gral. Iglesias me recibió con mal modo, diciéndome que allí nadie faltaba ni nadie sobraba; por consiguiente, que podía irme cuando gustara.

En vano le manifesté que yo no había solicitado nada. No dándose por satisfecho, creí excusado darle más explicaciones, y me despedí.

Al día siguiente me embarqué, y después de cuatro días de navegación llegué á Tampico.

El Sr. Garza me recibió muy bien; pero nunca quiso poner arreglo en la artillería, lo que me convenció de que sólo había sido agente de una intriga.

Poco tiempo después supe que el Gobierno había ascendido á todos los Jefes y Oficiales que se hallaban en Veracruz, cuando bajó Miramón. Solamente de mí se había olvidado.

En el diario que se publicó en Veracruz durante el amago de Miramón, se lee lo siguiente:

“Día 22 de Marzo.—La vigilancia es activa.

“La línea es visitada por los señores, Zamora, Iglesias, Balbontín, Zérega y otros Jefes, constantemente.”

“Día 24.—La línea es visitada con celo por los Jefes de artillería, Paz, Zérega, Balbontín y Espejo.”

